comprendido; y que esto fué fácil, y que únicamente los ciegos pudieron no haberlo visto.

V

LUCHA SOLITARIA

La noche víspera del lance, fué espantosa para Rivera; no cerró casi los ojos: la pasó cavilando, escribiendo y haciendo frecuentes visitas al aposento donde dormían su mujer y su hija.

Sin duda para calmar la agitación que le atormentaba, ó para dar algún empleo á aquellas horas negras, cogió la pluma y fué confiando al papel sus impresiones y sentimientos conforme iban sucediéndose en su mente. El tumulto de sus ideas durante aquella crisis, no estorbó la claridad de su visión interior; así que pudo dejar consignado en sus notas el martirio que le trocó, joven y sano, en mísero agonizante.

Pretextó á su mujer un compromiso de redacción para no meterse en el lecho. Habíase obligado, dijo, á escribir una serie de estudios sociales, y al día siguiente debía entregar el primero. Tiempo de

sobra había tenido para forjarle, y ojalá lo hubiera hecho poco á poco. Así hubiera podido pulirlo sin fatiga; pero se había dejado ganar por la pereza y por el deseo de gozar de la compañía de los suyos, y á la hora menos pensada habíase encontrado con que el plazo que se le había dado, iba concluyendo. Pero como no era amigo de dar que decir de su reputación como escritor, ni había sido inexacto en el cumplimiento de sus deberes durante su vida, tenía que respetar la palabra empeñada, fuese como fuese, aun cuando no cerrara los ojos en dos ni tres noches.

—Discúlpate como puedas, rogóle Juana, pero no hagas eso. Bueno es trabajar, pero no matarse con el trabajo. Todo se reducirá á que los artículos salgan dos ó tres días más tarde. No veo mal ninguno en ello.

—Te parece, hija; pero el caso es que cuando un hombre de trabajo como yo, pierde su fama de exacto, todo lo pierde. Los editores me estiman y solicitan por mi costumbre de ser cumplido, lo cual es poco común en México. Por eso me pagan bien y me irán pagando mejor en lo sucesivo. Además, concluyó con tono lúgubre, este trabajo es muy importante y dejará grandes beneficios á mi familia.

Insistió Juana en que se acostase, pero Jaime se mantuvo firme. Así que la mujer tuvo que resignarse.

—Yo tampoco dormiré, le dijo. Estaré viéndote trabajar desde la cama. Deja la puerta entornada para poder distinguirte.

—No, eso no, has de prometerme que no harás aprecio de mí; que te entregarás al sueño como de costumbre. La sola idea de que estuvieses en vela, entorpecería mi cerebro.

—No quieres concederme nada. Está bien, Jaime; pero has de ofrecerme que procurarás acabar pronto y luego te recogerás.

—Sí, mujer, te lo prometo.

Terminado este diálogo, entró Juana en la alcoba, pero tuvo cuidado de dejar una nonada entreabierta la puerta de comunicación con el cuarto de su esposo, de modo de no perderlo de vista, y que éste no lo echase de ver.

Rivera se sentó, en efecto, ante el pupitre, y absorto en sus tormentos, pronto olvidó cuanto le rodeaba, y dejó correr la pluma sobre el papel de un modo maquinal. Las sencillas notas que dejó escritas, graves algunas veces, otras pueriles y triviales, pero dramáticas siempre, demuestran la actividad febril de sus pensamientos, la exaltación enfermiza de su fantasía y los dolores hondísimos

de su corazón, durante aquellas crueles y largas horas. Al pasar los ojos por esas páginas, un viento trágico azota el sistema nervioso; recuerdo que cuando las leí, sentí una angustia indecible, como si fuesen confidencias de ultratumba.

Después de relatar minuciosamente la historia de aquel día, la primera idea que se le ocurrió á Rivera, fué que no era cierto cuanto acaecía, y que se hallaba bajo la impresión de una pesadilla. Era tan grande su turbación, que necesitó pasar en revista punto por punto los incidentes todos de aquella extraña complicación, para convencerse de su realidad objetiva. La luz que penetró en su cerebro, le hizo estremecer.

De aquel estado de estupor vino á sacarle una vislumbre de loca esperanza. Tal vez la autoridad, advertida de lo que pasaba por el rumor público, intervendría oportunamente para evitar el lance. ¡Verdaderamente eran salvadores el oficio de la autoridad y tutelares sus funciones! Sin ella habría desgracias por donde quiera; bajo su intervención toman las cosas su curso debido, restablécese el orden y vuelve el equilibrio al seno de la sociedad perturbada.

No obstante, no había que hacerse ilusiones. La autoridad es casi siempre torpe y desentendida. Nunca está donde se le

necesita, y acude tarde al auxilio de los que la han menester. Fuera necedad confiar en su eficacia... Pero podía suceder otra cosa. ¿Si enfermase Zermeño? ¿Si muriese? Todo era posible; nadie tiene seguras la salud ni la vida..... Un feroz egoísmo llevábale al punto de desear á su antagonista alguna de esas dos calamidades.... Pensaba también que no le saldría mal á él mismo una enfermedad.... La fiebre y la pulmonía presentábanse á su espíritu pusilánime en tan tristes circunstancias, como imágenes salvadoras; pero estaba sano, y una dolencia grave no se improvisa cuando se quiere.

Era, pues, forzoso considerar la situación cara á cara. Pero ¿por qué se amilanaba? ¿Por qué daba por sentado que había de morir? ¡Ojalá fuese herido nada más! Si la lesión no le dejaba inútil para trabajar, aun cuando fuese grave y dolorosa, sería también aceptable el desenlace. Sanaría al cabo, después de una curación más ó menos penosa, y podría continuar sus labores, indemnizar de sus sufrimientos á los suyos, y ganar mucho dinero para ellos. Y acabaría por mostrar con orgullo sus cicatrices, como adquiridas en lance honroso, que le haría famoso para siempre.

Aunque fuese poco probable, podía también acaecer que Zermeño pereciera

en el lance. El camino recorrido por las balas suele ser misterioso y á veces inverosímil. Se le erizaba el cabello de pensarlo al pobre hombre. ¡Privar de la vida á un semejante, á un hermano! ¡Ser el responsable de la terminación súbita, prematura de unos días que tuvieron un objeto y un destino! No sabía Jaime á punto fijo si era casado Zermeño; le parecía que sí, porque alguna vez le había visto por la calle acompañado de unos chicuelos. Si lo era ¡qué crueldad dejar huérfanos á aquellos inocentes que jamás le habían hecho daño! Afligido por tales reflexiones, oía una voz interior que le gritaba "¡homicida! ¡homicida!" Y se acordaba de la pregunta dirigida á Caín: "¿qué has hecho de tu hermano?"

Comprendió en su sencillez que su existencia, después de ese crimen, sería insoportable. ¡Adiós tranquilidad, adiós alegría, adiós dicha! Su alma, conturbada por siniestras imágenes, no disfrutaría un solo momento de paz, de esa paz que tanto ambicionaba. Turbarían su sueño horribles pesadillas; despierto, recordaría siempre la espantosa tragedia; y aun en el santuario del hogar, en medio de Juana y Leonorcilla, se sentiría lleno de zozobra, y no podría gozar la santa dicha del amor, porque se lo impediría la conciencia.

Al llegar á este punto, sintió como un nudo en la garganta, y estuvo á punto de llorar. Púsose en pie y entró en la alcoba.

—¿Has acabado la tarea? preguntóle su mujer.

—Aun no, repuso Jaime, contento de oir aquel acento cariñoso. Vine para echar un vistazo á mi adorada mujer, y á mi querida hija. ¿Por qué no has dormido?

—Sí que he dormido, repuso Leonor mintiendo sin duda alguna; he despertado al rumor de tus pasos.

—Continúa, pues, prosiguió Rivera. Vuelvo á mi trabajo, que va largo.

—Déjalo para mañana, volvió á rogar Juana.

—¡Imposible! exclamó Rivera con amargura. Tengo que llegar hasta el fin.

Al volver á ocupar de nuevo el pupitre, tornaron sus ideas al antiguo tema.

Bien podía suceder, siguió pensando, que por uno de esos azares frecuentes en los duelos, Zermeño saliese herido tan sólo. Aquel desenlace le convenía. ¡Una herida, una simple herida sin importancia, que no desfigurara el rostro del doctor, ni le apagase un ojo, ni le tornase sordo, ni cojo, ni manco; un simple rasguño que cubriese las apariencias, sin producirle gran dolor, ni tenerle en cama largo tiempo, ni dejarle cicatriz! Así se conciliaría

todo: la victoria de él, Rivera, y el poco sufrimiento de su adversario. Bajo aquella impresión, cegáronle de nuevo los esplendores de su propia apoteosis. Miróse encumbrado á grande altura en medio de un público admirado y reverente, y sumido en sabroso arrobamiento, se quedó medio aletargado con la cabeza sobre el pupitre.

Cuando volvió en sí, había pasado largo rato. Eran las cuatro de la mañana.

Al levantar la cabeza, punzóle en el acto la idea de su situación, y volvió á caer en el mismo estado angustioso de hacía poco. Se acercó de puntillas á la alcoba; esta vez no oyó la voz de su mujer. Rendida por el sueño, se había quedado dormida. Al oir su respiración sosegada en el silencio de la estancia y de cuanto le rodeaba, se le oprimió el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas. Le pareció que estaba abandonado de todos, y que debía resignarse con su destino. Acaso no le quería su mujer tanto como él se lo había imaginado. ¿Cómo, si no, dormía con sueño tan profundo, cuando él era presa de lúgubres angustias? ¿Por ventura los corazones que aman no adivinan? ¿No hay entre ellos una corriente misteriosa que los une é identifica, haciéndolos latir al unísono? Ni siquiera recordó aquellas melancólicas palabras;

"¡Spiritus promptus, caro vero infirma!"

Al tornar á su asiento, sumióse en reflexiones más desconsoladoras todavía. Tenía palpable y claro el presentimiento de su último fin. Sí, aquella tristeza incomparable, aquella angustia mortal, la sombra que se agitaba ante sus ojos como visión temerosa, la postración física que le agobiaba, no podían ser más que el anuncio de su muerte. Aquellos instantes eran sus postrimerías; pocos eran los que le quedaban de vida.

Morir, salir de este mundo tangible, dejar cuanto nos rodea, abandonar lo conocido y caer en lo ignoto, en ese arcano inmenso que hay en el fondo de la tumba. ¡Qué cosa tan aterradora é incomprensible! ¿Qué habría después de la muerte? ¿Sería cierto lo que predicaban los fanáticos? ¿Habría un Dios personal, una eternidad para las almas, premios para los buenos y castigos para los malos? Su criterio de libre pensador le había apartado siempre de analizar estas cuestiones, que por costumbre había visto con desdén, y que le habían hecho sonreir á la continua. Ahora le preocupaban algo más, porque se veía á punto de indagar por sí mismo lo que pudieran tener de verdad. Un frío glacial discurría por sus miembros al pensar que tales afirmaciones pudieran resultar ciertas. Fuera como

fuese, si existía un Dios, tenía que castigar las obras perversas, porque la divinidad debía ser buena y justa... ó no ser. Matar era una acción reprobable, lo mismo que exponer la vida.... Pero ¿para qué atormentarse con puras hipótesis? Lo cierto era que nada de todo aquello estaba averiguado, como que nadie había vuelto del otro mundo para referir lo que había visto. Lo probable era que todo acabase con la muerte, y que al lanzar el hombre el último suspiro, no quedase, desvirtuada la esencia del ser físico, más que restos inertes y en descomposición; agregados químicos sin fuerza harmónica, rebelados contra toda cohesión y en estado de completa anarquía.

Por un esfuerzo de voluntad semejante al del condenado que aparta la vista del patíbulo para no perder la energía, procuró dar un nuevo curso á las ideas. Aquellas reflexiones lo enervaban, y habían hecho brotar un sudor frío en su pálida frente.

Admitido que todo acababa con la muerte, ¿tenía motivo para serenarse? El corazón le dió á gritos una respuesta negativa. No, porque amaba y era amado: no, porque era dichoso y hacía dichosos á otros seres; no, porque tenía la misión de velar por dos criaturas débiles y buenas, cuya existencia se erguía sobre la su-

ya, como un edificio sobre sus cimientos; no, porque era tronco al cual se enredaban plantas débiles necesitadas de su arrimo, y á modo de embarcación á cuyo bordo iba una tripulación de desvalidos. Su sacrificio personal no valía gran cosa, podía resignarse á todo; pero carecía de derecho para abandonar sus deberes de hombre, negándose á proteger á la debilidad, y á sostener, guiar y hacer dichosas á criaturas encomendadas á su patrocinio. ¿Por qué arrojar al torbellino del mundo á aquella mujer y á aquella niña que esperaban de él afecto inextinguible, amparo eficaz, abnegación generosa y tiernas finezas? Recordaba la expresión de los rostros de su mujer y de su hija, y le latía el corazón emocionado. Aquella tenía unos ojos garzos de mirada tan triste, que parecía una eterna súplica. Siempre le habían impresionado sus ojos soñadores y dulces, de mirar intenso, profundamente femenino, que confesaban amor, debilidad, ruego y confianza. Desde el tiempo de sus amores con Jaime, le impresionaban hondamente, y, después de dos años de matrimonio, todavía le inmutaban cada vez que se posaban en los suyos. Leonorcilla parecía un querubín casto y sonriente. Tenía tal expresión, que semejaba bañada por ráfagas de la gloria. Aquella niña que no hablaba, ni podía marchar,

ni pensar, ni defenderse de ningún riesgo, descansaba tranquilamente en su inconsciencia, al abrigo del seno materno y del desvelo paternal. Rivera tenía la intuición del importante papel que desempeñaba en la familia, y se daba cuenta de él por medio de imágenes. A veces se veía como dique poderoso que impedía á un mar—la desdicha—desbordarse sobre aquellos dos seres; otras se miraba retratado en su fuerte columna, que sostenía la construcción. Rota la compuerta, se precipitarían espumosas las aguas del torrente; caída la columna se desplomaría la techumbre y quedaría convertido el edificio en un hacinado de escombros. Así, muerto él, se verían su mujer y su hija solas en el mundo, abandonadas, como hojas secas que danzan por el suelo, y vuelan arrebatadas por la tempestad.

Mirábalas con ojos espantados y proféticos, hambrientas, cubiertas de andrajos, implorando la caridad pública. Su rostro pálido acusaba falta de sueño, de sustento, de descanso; era el emblema de una vida angustiosa, de esa existencia miserable que arrastran en el dolor los desechos sociales.

¿Y qué harían en tan horrible abandono? ¿Cómo podrín defenderse de las acechanzas del mundo en su desamparo?

Rivera, sin poder contenerse, se puso á

sollozar; y las lágrimas que rodaron de sus ojos mancharon las notas que escribía con rondeles patéticos.

¡Y le acusarían de ingrato aquellos seres que tanto amaba! Se quejarían, sin duda, del desamparo en que los había dejado, y pensarían que nunca los había querido. ¡Qué injusticia! ¿Cómo no los había de querer si sufría tanto por ellos? Si estuviese solo, si no llevase tan arraigados en su corazón aquellos afectos, no sería tan dolorosa la situación de su espíritu, no sufriría los espasmos de aquella crisis indescriptible.

Y á pesar de su obcecación, presentóse á su espíritu con toda claridad el verdadero problema que tenía que resolver:

"¡O él; ó su mujer y su hija!"

A su oido le gritaba el dilema una gran voz.

Jaime inclinó la cabeza, se sintió anonadado y continuó sollozando.

Sí, por más que se empeñase en ocultárselo, allí estaba el nudo de la dificultad, aquel era el núcleo de la cuestión. Y era forzoso tomar algún partido. Dentro de poco vendrían á buscarle los padrinos. Era urgente decidirse.

Entró en cuentas consigo mismo. Supuso el caso de dar á Zermeño á última hora la explicación que le pedía. ¿Qué efecto produciría en la ciudad tal desen-

lace? Desastroso. Parecíale oir desde ahora coros de silbidos por todas partes "ahí va el cobarde! ¡no quiso batirse! ¡obligáronle á dar satisfacción con una palmeta!" Tales eran las exclamaciones que escuchaba de antemano, lanzadas para escarnecerle. Y todo cuanto había en él de viril y de enérgico, de orgulloso y de digno, se revelaba con fiereza ante aquellas afrentas. Decididamente, era preferible la muerte á tanta ignominia. Su exaltada fantasía exageraba y abultaba las imágenes y le llevaba á la demencia. El corazón enardecido protestaba contra la humillación, y parecía decir en sus latidos: "No se puede luchar contra el destino; hay que sacrificarlo todo á Moloch."

Pero ¿y su adorada familia? ¿Quién velaría por ella cuando él ya no existiese? La multitud que reclamaba su sacrificio, ¿se encargaría de llenar el hueco que iba á dejar en el hogar?

Ir al lance era consentir en la muerte, separarse quizás para siempre de los suyos, abandonarlos, condenarlos á la miseria, á la desesperación. Moloch no podía pedirle tanto; Moloch ya no imperaba: su santuario monstruoso erigido en el Monte del Escándalo, cayó en ruinas hace miles de años y los siglos barrieron sus escombros.

Púsose en pie de nuevo y entró una vez más en la alcoba. Madre é hija continuaban profundamente dormidas. A la luz de la lámpara, que velaba sobre la escena, parecía aquel aposento un santuario glorioso... Vió á Juana más hermosa que nunca: su cabellera destrenzada caía sobre los redondos hombros de nívea blancura, y doblaba el brazo diestro en torno de la cabeza como para mostrar la pureza escultórica de sus líneas. Sombreadas se veían sus mejillas rosáceas por las negras pestañas luengas y sedeñas; y suavemente agitado su seno bajo el lino de las sábanas, hinchábase acompasado al influjo de una respiración tenue y tranquila. Admirado y lleno de emoción, necesitó un gran esfuerzo de la voluntad para no imprimir un ósculo cariñoso en aquel semblante adorado.

Leonorcilla semejaba un niño de Navidad recostado en el pesebre. Entre las blondas y los encajes de la cuna, que la aguja materna había exornado con los primores de un arte exquisito por medio de randas, calados y bordados finísimos, yacía como un manojo de rosas aquella preciosa criatura con todo el abandono y toda la inconsciencia de su primera edad. Vagaba en sus labios una sonrisa, como si estuviese contemplando visiones plácidas, y juntaba las manecillas como jugando con otros espíritus risueños. Jaime sintió la presencia de los ángeles en derredor de la cuna.

Al volver al pupitre, potro de sus tormentos aquella noche última, trazó en el papel palabras inspiradas por el amor. Nó, no era posible que abandonase á aquellos pedazos de sus entrañas; todo lo sufriría por ellos: la ridiculez, la mofa y el escarnio. ¡De sacrificio á sacrificio, prefería ese, porque era el más elevado y el más noble!

En aquellos momentos dió el reloj de la torre próxima las cinco de la mañana, que era la hora de la cita. Advertido de ello por la campana, volvió á perderse en un dédalo de cavilaciones congojosas, como si aquel grave sonido le llamase al cumplimiento de un deber. Enloquecido, incapacitado para decidir cosa alguna, tomó la resolución de un insensato. Sacó el cronómetro que llevaba en el bolsillo, y le puso sobre la mesa. Si llegaba, se dijo, el coche de sus testigos cinco minutos después de la hora, no se batiría ya; estaba decidido. ¡Nada le haría cambiar de resolución! Con ojos extraviados siguió el curso de la manecilla en derredor del cuadrante, conteniendo el aliento por temor de entorpecer su marcha, y olvidado del cristal que le resguardaba. Pasaron un minuto, dos, tres, cuatro..... Ya res-

piraba satisfecho creyéndose libre de la obsesión, cuando paró nuestro carruaje á la puerta de su casa.....

Las últimas palabras que escribió Rivera al fin de sus notas, fueron estas:

"¡Adiós, Juana! ¡Adiós, Leonor! Os he amado con todo el corazón. Perdonad mi defección y nunca maldigáis mi memoria."

VI

MOLOCH.

Momentos después que nuestro coche se detuvo á la puerta de la casa, bajó Jaime envuelto en una larga capa, abrió la puerta con sigilo y tomó asiento á nuestro lado. Al darme la mano, le sentí calenturiento. Adiviné lo que pasaba por él, y, no sabiendo qué decirle, guardé silencio

Era de noche todavía. En las calles solitarias de la ciudad hacía el rodar de nuestro vehículo un ruido estrepitoso, y sentíase á nuestro paso la trepidación del pavimento y de los edificios como si temblase la tierra. Aun ardían las luces de gas de los faroles, y los guardianes del orden, incrustados en los marcos de las puertas y levantado el cuello de los

capotes, dormitaban en pie rendidos por la fatiga.

Interminable me pareció aquella marcha fantástica á través de la obscuridad. Pronto salimos de las calles, y siguió rodando el carruaje por la calzada de la Reforma. Se me figuraba que íbamos á un largo viaje, y pensé en asaltos de bandidos, encuentros con pronunciados, y otras peripecias y contratiempos propios de la época. En el fondo, me hubiera regocijado sobremanera cualquier accidente que nos hubiese detenido.

—¿Qué tal noche?—pregunté á Jaime maquinalmente.

—Pésima, repuso con sequedad.

No me atreví á pedirle explicaciones. Demasiado comprendía la razón de lo que me decía.

No volvimos á articular palabra hasta que llegamos á Chapultepec. Dimos orden al cochero de que torciese á la izquierda, fuera del bosque, y á poco mandamos que parase el vehículo. Habíamos llegado al sitio convenido.

Mal efecto nos hizo ver entre la sombra dos carruajes á poca distancia: Zermeño, sus testigos y el cirujano nos habían ganado la delantera.

Al salir del coche, puso Rivera en mis manos con la mayor reserva un pliego cerrado.